

Miguel de Unamuno, habitante del nombre

No se puede tomar el nombre en vano. No se puede hablar ligeramente. En el hablar va, sin que lo sepamos, nuestro ser. ¿Qué somos sino lo que hablamos y nuestro propio nombre? Unamuno escribe largo y tendido sobre estos y otros temas. Que sea él nuestra guía en las líneas que siguen, don Miguel, *excitator Hispaniae*, como lo llamó Curtius, despertador de la modorra secular en que había caído nuestra España.

Este huérfano de padre a los cinco años, necesitó escribir su autobiografía que llamó *Recuerdos de niñez y de mocedad* (1908), cuyo comienzo es como sigue:

Yo no me acuerdo de haber nacido. Esto de que yo naciera —y el nacer es mi suceso cardinal en el pasado, como el morir será mi suceso cardinal en el futuro—, esto de que yo naciera es cosa que sé de autoridad y, además, por deducción. Y he aquí cómo del más importante acto de mi vida no tengo noticia intuitiva y directa, teniendo que apoyarme para creerlo en el testimonio ajeno. Lo cual me consuela haciéndome esperar no haber de tener tampoco en lo porvenir noticia intuitiva y directa de mi muerte.

Aunque no me acuerdo de haber nacido, sé, sin embargo, por tradición y documentos fehacientes, que nací en Bilbao, el 29 de septiembre de 1864.

Murió mi padre en 1870, antes de haber yo cumplido los seis años.

La queja repetida de que España no es país de biógrafos ni de autobiografías, frente a otras lenguas, a veces es fruto del desconocimiento. No se ha citado suficientemente a Unamuno o a Santa Teresa como dos cumbres del decirse a sí mismos en la escritura.

«Yo no me acuerdo de haber nacido.» Sí, tiene razón don Miguel. Poniendo los pies en las huellas por él marcadas, podemos aplicarlos al nombre, ochenta años después (1987): «Yo no me acuerdo de haberme puesto este nombre. Yo no recuerdo haber recibido el nombre que llevo». O tomemos otro dicho de don Miguel: «A mí nadie me pidió permiso para nacer», que traduzco: «A mí nadie me pidió permiso para ponerme este nombre».

Nacimiento biológico y nacimiento simbólico. Nacemos cuando somos inscritos en una comunidad, en una familia; nacemos cuando somos nombrados, cuando somos

incluidos en un entorno y en una cadena de antepasados, por ejemplo, a través de los apellidos. Nacer, pues, es ser nombrado. Vivir será poder nombrar, el día de mañana.

El nombre será la marca, el lugar de nuestra identificación y algo más, como veremos más adelante. El nombre puede circular, puede haberse elegido antes que el animal humano vea la luz. Si es así, se puede afirmar, en términos generales, que antes del nacimiento biológico un nombre nos está aguardando, como lecho de Procusto.

Una vez muertos, como nos recuerda el poeta Ovidio, es, acaso, lo único que queda:

Sin embargo, si algo queda de los muertos
aparte del nombre y
si una sombra venturosa escapa de la pira;
si os llegase mi fama, oh sombras paternas...

Tristia, IV, 10 y ss.

Unamuno comienza a relatar su vida, propiamente dicha, con la frase: *Murió mi padre...* y a continuación nos muestra su nacimiento a la lengua, que como en el caso de la lingüística moderna, nació de la comparación de varias lenguas; así continúa:

Apenas me acuerdo de él y no sé si la imagen que de su figura conservo no se debe a sus retratos que animaban las paredes de mi casa. Le recuerdo, sin embargo, en un momento preciso, aflorando su borrosa memoria de las nieblas de mi pasado. Era la sala en casa un lugar casi sagrado, a donde no podíamos entrar, siempre que se nos antojara, los niños; era un lugar donde había sofá, butacas y bola de espejo en que se veía uno chiquitito, cabezudo y grotesco. Un día en que mi padre conversaba en francés, con un francés, me colé yo a la sala y de no recordarle sino en aquel momento, sentado en su butaca, frente a monsieur Legorgeu, hablando con él en un idioma para mí misterioso, deduzco *cuán honda debió de ser en mí la revelación DEL misterio del lenguaje**. ¡Luego los hombres pueden entenderse de otro modo que como nos entendemos nosotros! Ya desde antes de mis seis años me hería la atención el misterio del lenguaje; ¡vocación de filólogo!

(*Obras Completas*, t. VIII, pág. 97)

Filólogo, fue siempre amante del verbo y de la escritura, más aún, enamorado de la «sangre del espíritu» como llamó a la lengua. Para él, el filósofo y el científico no eran sino trabajadores del lenguaje, de las metáforas, pues «el lenguaje es esencialmente metafórico». Con las palabras se fue conquistando a sí mismo, se fue haciendo «un alma», que para él era hacer una obra, su obra. Conocerse a sí mismo, según rezaba el oráculo de Delfos era para él interrogar a la lengua, transformarse en escritura y habla. En esto seguía al puritano, como él decía, Tomás Carlyle en esta reflexión:

¿Conócete a ti mismo? Harto te ha atormentado, que pobre de ti mismo, jamás le conocerás, ¡créelo!, no creas que tu cuestión es conocerte: eres un individuo inconcebible; conoce lo que puedas obrar y obra como un Hércules. ¡Este será tu mejor plan

Y a esta cita, que recoge Unamuno, añade él lo siguiente, cuando apenas tenía diecinueve años:

* *La cursiva es nuestra.*

Tiene razón el puritano; la obra, no el hombre, porque tan chico como es éste, es aquella grande. Cuando la obra vale más que el hombre que la lleva a cabo, es cuando éste es digno de aquélla.

(*Obras Completas*, t. IX, pág. 475.)

Don Miguel de Unamuno, en el ocaso de su vida, se siguió preguntando y respondiendo, así cuando en 1934 se dice: «¿Qué es un hombre más que un nombre?» (*Oc.* tomo IV, pág. 468, 1934). Unos años antes, en 1931, convaleciente de una enfermedad, hace «examen de conciencia» repasando su vida histórica que ha dedicado a meditar, a soñar a su España y a su Señor (el de España) que es su Señor (el de Miguel de Unamuno) y nuestro Señor, dice. Y meditaba, añade, mientras su nombre anda llevado y traído de boca en boca en la íntima unidad de su vida en comunión con su España y con «su Señor: Mientras traen y llevan mi nombre». Así continúa:

¡El nombre!, el nombre es la esencia humana de cada cosa. Un objeto cualquiera natural, una roca, un árbol, un río, un monte, un león, un animal, se hace humano, se humaniza y hasta se domestica cuando un hombre, en una lengua cualquiera humana, le pone nombre. Adán se adueñó, según el Génesis, de los animales todos, poniéndoles nombres. Y es por esto por lo que los hombres luchamos más por nombres que por cosas, ya que cosa sin nombre no es humana. Por nombre y por motes. ¿Y mi nombre, mi esencia humana?

En la perspectiva cultural que guía nuestra argumentación, esta reflexión poética enlaza con lo dicho hasta aquí cuando el nombre —es significativo que en castellano, nombre como el griego clásico *ónoma*, signifique palabra en general y nombre propio en particular; homonimia que, por otra parte, está en el centro de nuestro discurrir en estas páginas, desde las primeras líneas—, si, cuando el nombre nos abría al lenguaje y nos abría a nuestra inclusión en el lenguaje bajo la forma del nombre completo. Así pues, somos lengua, no sólo hablamos una lengua. En la conversación, en el diálogo, los pronombres personales *yo, tú, él*, etc., son eso, pronombres, los que están en el lugar del nombre. Los mismos niños, en la conquista paulatina del lenguaje, comienzan por llamarse por su nombre propio y no por el pronombre de primera persona. Así, en esta conversación de una madre, Elena, con su hijo Pablo:

—¡Pablo! Vamos de paseo.

—Pablo no quiere ir de paseo.

Recuerda Unamuno, allí le lleva su nombre bíblico, que Jacob luchó toda una noche con Dios en forma de ángel. Y en sueños Jacob no le pide consejo o ayuda, sino su nombre: «¡Dime tu nombre!» es la pregunta angustiada del profeta. La contestación divina es «¿Para qué preguntas por mi nombre?» Y quedó sin saberlo. Unamuno se ve asimismo en el sueño que es la vida preguntando al ángel, al arcángel del Señor: ¡Dime tu nombre! y confiesa, acaso sin saberlo, estas reveladoras frases, que vienen a decirnos que su obra es su nombre con el que ha estado peleando:

Y yo repasaba aquí, en el lecho, y en ensueños de insomnio de convalecencia, mi vida histórica, pública, y veía la unidad, la continuidad de ella. Y cómo durante toda

ella no he hecho sino luchar con el ángel, con un arcángel del Señor, preguntándole: ¡Dime tu nombre! Y soñaba, ahora, en ensueños de indispuerto, de malucho convaleciente, que ese nombre, que el nombre del arcángel con quien he estado en lucha, era mi mismo nombre, era el nombre que por gracia divina llevo, era el nombre de Miguel, que declarado quiere decir: «¿Quién como Dios?»

Es muy denso este párrafo. Su nombre es algo ajeno a él, es un enigma, como todo nombre y, además, una pregunta, cosa que ningún nombre es, en su significación etimológica: ¿Quién como Dios? El tiene que construir su nombre y defender ese nombre que le emparenta a Dios: Yo tengo que vérmelas con mi nombre, con ¿quién como Dios?, podemos decir. Y añadimos: ¿Quién como Miguel? En otro momento comienza diciendo quién es, como un niño, y acaba explicando lo que fue su labor de escritor, determinada —me atrevo a decir— por su mismo nombre, así lo interpreto; pero oigamos sus palabras:

¿Me preguntan por mi nombre? Me llamo Miguel. Y este nombre no me lo he puesto yo, sino que me lo pusieron mis padres, porque nació el día de San Miguel Arcángel, el 29 de septiembre. Y no me pusieron más que ese nombre. En mi partida de bautismo no figura esa letanía de nombres que de ella no salen. Me llamo, con nombre de pila, Miguel y sólo Miguel. Y es un nombre que no he conquistado, sino que me ha conquistado él. Porque llamarse Miguel, por vía de Providencia, obliga a algo que hace una espada de su pluma, y se mete a pelear con el pandemonium.

(Oc. t. VIII, pág. 1.160)

Podemos retrotraernos unos años, a 1924, cuando comentando el dicho de Carlyle «Conoce tu obra y llévala a cabo», añade:

Pero ahí es nada conocer uno su obra, la que le toca en providencia. Porque mi obra soy yo, el que soy por dentro de dentro, en mi entraña espiritual; mi obra es mi yo eterno —de la eternidad del pasado tanto como de la del porvenir—; mi obra es mi posibilidad y mi necesidad a la vez.

(Oc. t. VIII, 525)

Añadamos un tercer texto para luego realizar el comentario:

Que ¿cuál es mi nombre? Mi nombre es Miguel, y no necesito otro. Es ya mi título. Cuando la Providencia me hizo nacer el 29 de septiembre para que me llamara Miguel, sería para que este nombre pesara sobre mi espíritu.

Sí, en los tres textos está la palabra Providencia. La Providencia le hace llamarse, por nacer en ese día, Miguel; la obra «es la que toca en providencia». Y si faltara algún detalle, a continuación habla del yo. Sí, su obra se resume en un nombre, Miguel de Unamuno. Miguel de Unamuno es unos textos escritos que se sintetizan en ese nombre. Sí, tiene razón, «¿qué es un hombre más que un nombre?» Y aquí viene bien traer a colación lo que dejó dicho Goethe en conversación con Eckermann: «Un nombre no es pequeña cosa, Napoleón ha destrozado la mitad del mundo por un gran nombre.» Pero el propio Goethe sabía lo que era un nombre en carne propia cuando

en su autobiografía, que llamó *Poesía y Verdad*, se extiende en estas consideraciones sobre su apellido:

No podía escribir (Herder) un billete pidiendo cualquier cosa sin sazonarlo con algún sarcasmo. Por ejemplo, en una ocasión escribió:

«Si tienes la carta de Bruto en las cartas de Cicerón, a ti, a quien los consoladores de las escuelas en bien cepilladas tablas consuela, si bien más por fuera que por dentro; tú, que descendes de los dioses (Göttern), de los godos (Goten) o del barro (Kote), Goethe, envíamela».

Sin duda no estaba bien que se permitiera burlas semejantes con mi nombre, pues el nombre de un hombre no es algo así como una capa que cuelga meramente de él y a la que, en último término, podría manosearse y rasgarse, sino como un traje perfectamente cortado o, mejor, como la piel misma en que se ha venido creciendo y a la que no se puede rascar y rasgar sin herirse a uno mismo.

De otro modo, don Miguel de Unamuno acabó su vida en medio de nuestra guerra civil, y en guerra con su alma. Catedrático de griego de la Universidad de Salamanca, debió recordar el dicho el poeta heleno: «a quien los dioses quieren perder le realizan sus deseos». Un deseo, según el psicoanálisis, es lo que trasciende nuestro decir y nos determina. El repitió a lo largo de su obra la necesidad que había de una guerra civil, guerra civil que purificara la vida civil existente. Acaso lo dijese, como poeta que era, en sentido metafórico. Pero como poeta debía saber que con las palabras no se puede jugar y que se pueden tomar al pie de la letra. Pues si más que poseedores de la lengua somos habitantes de la misma, es pertinente situarse en este «al pie de la letra», que suele ser común en la experiencia amorosa, en la experiencia onírica, en la experiencia psicoanalítica, entre otros momentos de la vida de una persona.

El carácter mágico de las palabras, como ya dijimos. A don Miguel sus palabras le pedían las cuentas, el gran hablador se vio ahogarse en su propio decir, y antes de inclinar la cabeza para siempre, sobre su mesa alcanzó a decir: «No puede ser, no puede ser que Dios abandone a España». El, «¿Quién como Dios?», lo hizo al instante.

Huérfano de padre, vivió casi toda su vida; huérfano de España y de los españoles murió. Ni derechas ni izquierdas le reconocieron, ¿para qué, si el reconocimiento iba a venir de otro lugar, y éste inapelable: la muerte? Ya viejo, sólo debía existir respeto hacia la última Parca, Atropos, la que corta el hilo de la existencia, la tierra que acoge solícita el cuerpo que fue de un hombre. Para no morir, don Miguel de Unamuno escribió soñándose; para sobrevivir, mejor que sobrevivió su padre, el indiano, o para que éste viviera, ya que no el nombre de pila, sino sobre todo el apellido, Unamuno, es el que atraviesa tiempos y lugares. Fue hijo de su padre, apellidado Unamuno, y fue hijo de su nombre, Miguel, o ¿quién como Dios?

«¿Qué es un hombre más que un nombre?», que le «conquista» a uno, pero que, a su vez, uno debe conquistar para apropiarse toda una tradición familiar y para poder ser, asimismo, un eslabón en esa cadena que nos sobrevivirá.

Pero el nombre también es el ser de las cosas, como decía Unamuno. Como Adán, a todo recién nacido Dios le encomienda que ponga nombre a lo que ve. Nombra y serás, no sólo dueño de lo nombrado —como dice el Génesis— sino humano.

* Las citas corresponden a la edición Escelicer, de Obras Completas de Miguel de Unamuno, Madrid, 1966/1971 (9 volúmenes).

Porque tenemos nombre y llegamos a la vida en un medio humano, esto es, simbólico, pertenecemos, desde el nacimiento, a la institución llamada lengua, lengua materna. Ella nos permite ingresar, y permanecer, en el intercambio lingüístico que es el habla. El hecho de hablar configura el decir, determinante de la cultura, según nuestra interpretación de lo dicho por Unamuno: «Y es que decir... es crear pensamiento, y es hacer, y es vivir.»*

Ángel de Frutos

